

EL AGUA Y LA PALABRA

Antología de
Relatos. I

El agua es más que
la sangre en Granada

TICO MEDINA

Museo del Agua

JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA

1945, Año de nieves,
sueños y batallas

JULIO ALFREDO EGEA

El agua es más que la sangre en Granada

TICO MEDINA

ESTA CRÓNICA del agua está escrita a mano porque el golpe de sangre me ayuda, me alivia, me impulsa. Porque la sangre es el agua de mi vida nazarí. Por eso, desde hace tiempo, mucho tiempo, desde que la máquina manda en el ser humano, escribo a mano lo que quiero, lo que me da la gana y lo que siento, para que se me note. Para que se note mi emoción, mi pasión, la última y tal vez la primera verdad de mi vida. El Agua! el Agua ! el Agua ! (Voy a beber un poquito de agua).

Mi primer sonido callejero, es aquel del que vendía y repartía el agua por mi barrio Moral de la Magdalena 12, –tienen ustedes su casa– segundo piso. Que decía: –“ ¡Agua de la Fuente del Avellano. Qué fresquita baja hoy la Fuente del Avellano!”

De qué cerca y de qué lejos venía aquella agua. Recuerdo el rumor de mi madre regando, amorosamente y bellamente, las pilistras de mi patio. El sonido del agua sobre las macetas, en el pequeño jardín de Boticelli de mi patio.

El agua, que mi madre decía que debía decirse "Hijo, tú que escribes versos y que quieres ser poeta cuando mayor, no te olvides de decir siempre que no se debe decir el agua, sino la agua porque la agua es femenina". El agua es madre, es la madre de la vida. Yo que llevé el agua corriente a mi pueblo que se llama Piñar, en la ruta nazarí, bien que recuerdo entre los sonidos inolvidables, cómo sonaba el agua aquel día que corrió por los 7 caños de mi fuente, frente a la casa de mi abuela Concha ¡Que alegría! ¡Agua, Agua, Agua... la historia de mis sonidos del agua! Agua oculta que llora. Agua cierta que ríe. Agua del surtidor y agua de la fuente pequeña, agua de la mar salada, agua de la mar tan dulce y a veces tan amarga.

Cousteau, que fue un sabio del agua, un profeta de la otra agua me dijo un día en el mar de Cortés, en el lejano Méjico para mí tan cercano: –"El planeta en el que vivimos no debería llamarse tierra sino agua, porque en el planeta agua hay tres veces de agua y una sola de tierra"

Yo que he conocido todos los mares del mundo, que he bebido, vivido y sufrido de todas las fuentes y venenos de la tierra, ahora, en la hora de la verdad, en la que uno sólo puede decir, después de tanto naufragio personal que hay agua bendita, agua maldita, agua de hisopo, hay agua que sabe a sangre en el Nilo, sangre en el jazmín, en la alta cúpula azul del Cairo, que hay agua en las escasas torres de escayola del Yemen, que hay agua en las fuentes azules de Túnez, que hay agua también en esa que llevan los camiones de la paz. Hoy mismo, lo primero, el Agua.

Agua, agua que beber, agua que vivir... la misma Alhambra, dando un salto, esa peineta de Granada porque Granada es más que la Alhambra, podríamos decir que es un producto del agua. Federico no sería el mismo Federico sin el agua. En el tríptico del Agua podríamos decir tiene el A del arco, la "Ansiedad de tenerte en mis labios musitando palabras de amor", que diría el poeta. Tiene la G de graciosa, de agua que salta, de agua que es grande. La U de única y la A, siempre la A, otra vez del Agua.

El agua de plata en los cuadros de Gabriel Mocillo. El agua en el fondo

de la sangre de ese pecho de los Cristos de Padial. Agua negra, agua blanca, agua verde, agua azul; qué grande aquello del agua enamorada!

Fijaros en esto escrito: “¡qué fríos están los labios del ahogado por amor!”. El botijo, la noria, Miguel Hernández, que como si fuera nuestro, no sería Miguel sin el agua de sus versos de pedernal y cabra. ¡Cuántas guerras ha contado este viejo cuerpo por el agua! ¡Cuántas bocanadas de agua en el cuenco de una mano! ¡Que agua quieta en los ojos de Che Guevara donde lucían dos viejas gotas de agua!

¡Cuántas veces he bebido agua en un casco de guerra! ¡Cómo sabía aquel agua, aquel agua rica de los arrayanes del Generalife, de aquella niña de la que escribí su nombre en un árbol con las raíces en el agua!

Agua de lluvia sobre las uralitas de aquella casa final y humilde, de Margot Fontaine, tan nuestra, la que bailó “El lago de los cisnes” en Granada. Yo le llevaba un puñado de monedas para remediar su cáncer implacable.

–“Margot, ¡Qué bien suena el agua de la tormenta del Pacífico sobre nuestras cabezas, sobre este techo levantado sobre una historia de amor, qué bien suena, señora!”. Y ella, con su triste mirada transparente como el agua me contestó: –“Si, pero me gustaba más el agua sonando del Generalife de Granada cuando yo era la del lago de los cisnes y no ahora que soy la del charco de las Vacas”.

Siempre buscando el agua. En la pregunta y en la respuesta. El agua mágica del pintor Miguel Rodríguez Acosta, esa agua transparente, azul o rosa. Esa agua en la voz del poeta Pablo Neruda, que me veía siempre en su casa del Océano, tan cerca del agua.

García Lorca decía con su voz violeta de agua que era un poeta del agua. Era el enviado especial de la alegría.

Muchos días, en Madrid, me gusta hasta como suena el agua del grifo y, sobre todo aquella voz curativa de mi madre diciendo: –“Abrid el agua niñas, que el niño no termina de mear del todo, a ver si se decide”. Y sonaba el agua que, luego curó, de alguna forma, mi cólico nefrítico.

Muchos días en Madrid llamo frente a mi casa, a la casa donde vivió Sorolla y el portero que me abre me dice siempre, –“Viene Ud. a oír el agua, Sr. Tico?” “¿Le doy a la llave, ya? No es hora de visita, usted lo sabe, pero usted es otra cosa.”Y saltan de pronto las gotas de agua como un juego de niños sobre el de las fuentes calladas. Y yo me siento en un banco de azulejos y escucho, escucho, escucho y me arrobo en esas aguas por el torrente de la Alhambra inmensa que no sería la Alhambra sin el agua, y me voy curando de la soledad.

Los poetas nuestros, todos, en esta tierra de la poesía secreta no podrían escribir sin el agua. Y en mi corazón, el agua como un repique de campanas y de vida. Siempre en la soledad buscando el agua. Cuando llego a un sitio –que busco y que sigo buscando– pregunto, no como preguntan los granaínos moros siempre –“¿Hay vistas?” Yo digo siempre, –“¿Suenan las campanas?”Y escribo del agua en mis memorias.

Agua en las palanganas rotas. El gazpacho sin agua es solo pipirrana. Agua de los viejos buscadores de oro del Darro de Granada. Yo soy el último vagabundo del sombrero roto. Yo busco tesoros y trato de encontrarlos porque es lo que siempre digo: “yo busco el oro que hay en el barro y no el barro que hay en el oro.” ¡Voy a contragua!

Agua, sin agua el vino no sería posible, sin agua imposible el aceite, sin agua el pan sabría a otra cosa. Es la vieja historia de los pueblos, el barro de las jarras está por encima de las mesas... Hay agua en la manzana que Eva le ofrece a Adán. Por un simple problema de acequias, Caín mata a Abel. Nuestra Torre de la Vela es el guarda soberano de las aguas, de las aguas de los veneros cuando, por un problema de lindes, se llenaban de sangre humana... Ay, ay el agua de Manuel Benítez Carrasco, tantas veces recitada ¡cómo decía agua Manuel Benítez en los ranchos de caballos de Méjico!

Agua de mi soledad.

Lo primero y lo que más me gustaba llevar de niño a los manijeros, que eran los que de verdad llevaban a los segadores y a los espigadores y las espigadoras, que vendrían después, era agua de botijo.

Pintores de Granada, poetas de Granada, viejos azulejeros de Granada, ceramistas, escultores, agua para las cajas misteriosas del maestro Estévez, azul de las aguas de Fajalauza. Ay, Carlos Cano, inmenso, que tenía en la copla rumor de fuente de agua, agua amarga. Miguel Ríos, Ríos se llama, río de fuerza y de sonido. La guitarra es un monumento al agua. Tiene la cadera del agua, me decía, Andrés Segovia. Tiene el agujero del pozo y está hecha, quien sabe, del árbol que no podría crecer ni daría frutos a los hombres sin el agua!

Agua de la Pachamama que desborda a destiempo los diques e inunda Bolivia, siempre tan seca de agua la Bolivia que yo amo. En el último plano de ayer mismo, como quien dice, “También la lluvia” de Icíar Bollain, un indio aymará, le regala a Tosar –que vuelve a la patria– una caja pequeña con un tesoro dentro. “Es una joya de la corona del quéchua, es lo mejor que tengo, para que me recuerdes siempre”. Y el hombre que vuelve, abre con mano temblorosa el pequeño cofre y no hay dentro una cabeza de jaguar de plata, no, hay sólo un pequeño frasco de cristal con un poco de agua. El agua como un tesoro. El agua que es ya el petróleo del tiempo que viene.

En mi colección de Cristos, el agua del Cristo de la Cruz, cuando muriendo va y dice “–Tengo sed”. Y al rebelde crucificado, el capitán de la guardia le da una esponja con hiel y vinagre.

El agua vital, el agua que manda, el agua que sana de las fuentes que sanan. Las aguas milagrosas. En mi colección de Vírgenes, está la Virgen del agua, la Señora de los Manantiales, la Reina de las Nieves, de nuestra propia Sierra y está también la Virgen del cántaro.

Y esa inmensa joya de nuestro monumento nazarí que es el Ánfora de las Gacelas. ¡Qué hermosura!

Hay una curandera en la Alpujarra que me ha contado Rafael Vílchez que cura sólo con agua, pero tiene que ser agua de los barrancos legítimos de la Alpujarra.

Y luego están los versos del arroyo, los Pergaminos del Mar Muerto, donde un día se hizo el milagro del Cronista porque yo ayudé al papa Juan

Pablo II a bajar al Lago de San Pedro, en Palestina, con estas manos que se ha de comer la tierra.

Boabdil no habría sido Boabdil sin el agua salada de sus tres gotas, que fueron nada más y nada menos que su último llanto.

Os puedo decir de verdad que mi color, en muchas ocasiones, es el color del agua. Es el color del Agua y de la Historia porque para la Reina Isabel hubo que hacer un puente sobre el Guadalquivir para que pudiera llegar a tiempo a Colón.

En el Amazonas, entre tiburones de color rosa que había en las noches de luna, con el rumor del agua, los indios jumani preñaban a las chicas de las orillas.

Nada como el rumor de la guitarra de Segovia en la compañía del agua del Marqués de Salobreña. El Habichuela rompe su guitarra recordando el pozo chico donde en la noche siempre había una luna quieta... Y todos son nuestros.

El sonido de Dalí que me dijo un día –“¿Me invita joven?. –“Si D. Salvador” Hotel Ritz de Barcelona. –“Tomaré por Ud. una bebida patriótica, joven. Deme una copa de Anís del Mono y un poco de agua de Vichy”. Plá, en su casa del Ampurdán, –este es un pequeño dislate-homenaje– del periodista a sus años en Cataluña. Plá, en su casa hermosa, antigua, en su masía del Ampurdán, bajo la gran campana, me dijo aquel día: –“Si quiere le doy vino del mío pero si prefiere el agua de esta tierra, también la tengo, inmejorable”.

Agua de vaso de la taberna donde bailaba Pastora, agua del botijo de la cuadrilla de Belmonte en lo alto del coche de gasógeno. Manolote antes de morir, de morir matando, bebió un sorbo de agua de su cantimplora de plata.

El agua de Miró, que pintaba con mano de niño el rumor del agua. Agua dulce, agua salada, agua de nuestro Mediterráneo, de nuestro Mare Nostrum. Agua de vinajera, de cuando yo era monaguillo... –“Niño, échame más agua”.

Agua, agua, agua, de aquella alberca de mi abuela. Agua verde bajo el alto ciprés, con el sapo que nunca llegó a príncipe.

Agua de mi Granada abierta. Agua de Gabriel García Márquez, ¡ay, mi viejo amigo, en aquel aeropuerto cruce de caminos!, él traía ya el Nobel desde Japón en la maleta y yo volvía de su pueblo.

–“Gabriel, que vengo de Macondo”

–“¿Probaste el agua de Aracataca?, que si bebiste de su fuente que viene de Sierra Madre, que se parece tanto a la tuya, tienes que volver.

Gabriel....

Se grabó en su día diciendo del Lebrijano, “cuando El Lebrijano canta, se moja el agua”, de haber conocido a Morente habría escrito cuando Morente canta, se rompe el agua.

Esta niña López Burgos que está escribiendo su tesis sobre el agua de Granada para la revista buena EntreRíos, tan nuestra, porque está entre dos ríos con nuestros nombres...

Vargas Llosa, sentado en la alta mesa de la Fundación que tiene el nombre más hermoso del mundo –yo se lo hubiera llevado a D. Pablo Neruda que coleccionaba nombres de pueblos y de calles, Aljibe del Rey, Plaza del Cristo de las Azucenas del Albaycín de Granada –D. Mario, bebiendo, un poco cansado, de la jarra de cristal con el escudo de la casa y va y dice, chasqueando la lengua, –que me lo ha contado Federico, mi viejo amigo– “Está riquísima. Es de las mejores del mundo, de las mejores aguas y miren que he bebido aguas”

Carretero, el escultor, rompiendo el agua del barreño de su estudio en Chinchón para poder seguir haciendo su penúltima escultura. Manolo Cano tocando el Concierto de las Campanas, en la Plaza de San Nicolás... las campanas, que dijo el poeta que son el agua vestidas de dama de Velázquez, de meninas que llevan las faldas de bronce.

–“Mojadme los labios con agua fresca”, dicen que dijo Picasso andaluz, enterrado y envuelto en una capa española en su tierra francesa.

Agua de Granada, a veces con furia ¡que nos van a decir a nosotros!, a ratos, dormida.

Blas de Otero, que sin ser del Sur, como si lo fuera –tanto monta, monta tanto Don Quijote como Sancho– escribió –la definición es soberbia–, “España es un arroyo de sangre fresca en el fondo de un barranco seco”.

Arcadio, de la Academia de Buenas Letras y de Buenas Aguas, “ya tengo, ay mi amor, la vista cansada”. O Guillén, el nuestro, que pasea el Zaidín con un gorrión en el hombro “que yo te los ví en el agua/ tus pechos de almendra amarga”. Oh!

El agua es un temblor, es un amor, es un desamor, es una forma del amor; son los celos, son los cielos. ¡Ay, esta agua del Aljibe del Rey, donde estamos, que es la historia que fluye. Qué hermosa la palabra aljibe. Y la palabra pilar y la nieve y el sol. Y el Agua de la Fe.

Te lo debía Agua. Porque hoy en este sitio, con esta coincidencia y a esta hora, cuando la tarde cae en que los seres humanos –como decía San Juan de la Cruz que era también un poeta del agua– seremos examinados de amor– me gusta hablar de este Tribunal de las Aguas de nuestro tiempo, pasado del agua, presente del agua, el futuro del agua. Que me enmaren en el agua cuando me vaya. Yo pago una vieja deuda porque soy un naufrago de las fuentes de mi vida y tengo el alma delgada de los grifos de mi abuela y mi corazón es un patio regado donde siempre suena una fuente por poco que suene, pero una fuente hecha de un abrevadero histórico de los últimos cruzados que siempre tenían cerca un brote de agua para lavar heridas. Un brote de agua para esperar la muerte. Te lo debía Agua.

Hoy además, además de tantas cosas que soy, tantas que a veces me cansan, me asfixian, me pesan, me agostan, me siento además de Cronista Oficial de la Ciudad de Granada, ni más ni menos que Cronista Fluvial del Agua de Granada.

Museo del Agua

JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA

ALREDEDOR del año 625 a. J. C. nació en la ciudad griega de Mileto un tal Tales, del que se ha dicho que sería el primer filósofo y el primer científico de la historia. Tales de Mileto se hizo famoso por ser el primer pensador que propuso un único principio universal para el universo material, un sustrato único que, sin cambiar él mismo, estaba detrás de todos los cambios. Los comentaristas coinciden en que el sustrato o primer principio según Tales era el agua. Tales dijo que sí, que el universo, o cosmos, como lo llamaban los griegos, existe y es perdurable y que su principio subyacente –aquello que se somete a los cambios– es el agua. Todo es agua. Algo formado por la combinación de un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno; líquida a temperatura ordinaria, inodora, insípida, en pequeña cantidad incolora, y verdosa en grandes masas. Prácticamente todas las sustancias se disuelven en el agua. Tres cuartas partes del peso del cuerpo humano están formadas por agua. Somos más líquidos que sólidos.

Les propongo la creación de un fantástico Museo del Agua, cuyo catálogo se podría abrir con un texto de Lao-tse, recogido por Juan Eduardo Cirlot en su “Diccionario de los símbolos”, que dice: “El agua no se para

ni de día ni de noche. Si circula por la altura, origina la lluvia y el rocío. Si circula por lo bajo, forma los torrentes y los ríos. El agua sobresale en hacer el bien. Si se le opone un dique, se detiene. Si se le abre camino, discurre por él. He aquí por qué se dice que no lucha. Y sin embargo, nada le iguala en romper lo fuerte y lo duro. En el aspecto destructor de los grandes cataclismos, no cambia el simbolismo de las aguas, sólo se subordina al simbolismo dominante de la tempestad. Igualmente sucede en el aspecto en que predomina el carácter transcurrente del agua, como en los pensamientos de Heráclito. No son las aguas del río en el cual "nadie puede bañarse dos veces" siendo el mismo, el verdadero símbolo, sino la idea de circulación, de cauce y de elemento en camino irreversible: "Sin el agua divina nada existe", sentenció Zósimo. La palabra "divina" no debe inducir a error; el agua simboliza la vida terrestre, la vida natural, nunca la vida metafísica. De las aguas y del inconsciente universal surge todo lo viviente como de la madre.

Qué fresquita baja hoy el agua del avellano. Así la pregonaba el aguador, por las calles granadinas, cuando el sol del verano calentaba los muros de la catedral y los pájaros se remojaban en la fuente de la plaza de Bib-Rambla.

El agua de las acequias, por la Vega de Granada; las plantas de mastranzo, las ranas solfeando sus cantatas. El agua lluviosa de la regadera con la que mi madre, en el huerto albaiciner de "Las tres estrellas", refrescaba los macetones de la albahaca y la yerbabuena. El agua donde late el origen de la vida. Ese líquido amniótico que nos envuelve y protege cuando venimos al mundo. El charco de agua desde el que saltan los animales anfibios a tierra, respiran y progresan hasta convertirse en mamíferos superiores.

El reloj de agua, que se paró el año de la sequía. El agua que ya va por las rodillas del capitán del "Titanic"; y que sigue subiendo porque alguien se ha dejado un grifo abierto y el barco se va a pique. El pequeño iceberg flotando en el vaso de whisky and soda que nos sirve el barman del Ritz. La postura adecuada para beberse de un trago un vaso de agua de Carabaña sin descomponer la figura.

El agua del vals de las olas. Las aguas del Mar Rojo, abiertas de par en par. El agua prisionera de los cocos. El agua de un beso. El agua necesaria para conseguir un huevo pasado por agua. Por la calle del Agua, en el Albaicín granadino, a las mozueltas se les mojaba el color de los ojos.

Las sirenas viudas del Mar Muerto. El aguacero de aquel jueves, en París, cuando murió César Vallejo. Agua para la sed. El agua del río que nos lleva con José Luis Sampedro. Agua para los bomberos de guardia. Los espejos del agua donde flotaba, dormida, Ofelia. La palangana de agua donde se lavó las manos Poncio Pilatos. El agua que se sube a la nube. El agua redonda de los pozos. El agua de la Fuente de las Lágrimas (Aynadamar) que desemboca en el llanto por Ignacio Sánchez Mejías. ¡Agua va! El agua de la lluvia que se pierde en el mar. El agua verdinosa de la alberca donde navegan los peces de colores. El agua muerta de los estanques. El agua oscura de los aljibes. Agua de mayo que bebe el gallo. La gotera que perfora el silencio nocturno. El agua titiritera de los surtidores. El agua acristalada de la nieve. Los sueños húmedos sobre un colchón de agua. Al agua de Marte, evaporada, está en Júpiter.

El aguacero. El aguacate. El aguamanil. El aguamarina. El aguante. El aguafiestas. El aguardiente. El aguachirle. Las aguas mayores y menores. El aguafuerte. El aguanieve. El aguarrás. El aguazul. Las aguas madres amargas. Las aguas mineromedicinales. Agua de azahar. Agua de borrajas. Aguas blandas y duras. Aguamiel. Agua gorda. El agua pesada, que conduce a la bomba atómica. Agua regia, con la que hacen gárgaras los reyes. Estar con el agua al cuello; que se lo pregunten a Iñaki Urdagarin. La parturienta que rompe aguas. El agua es la única sustancia que se puede presentar en los tres estados posibles: sólido, líquido y gaseoso; según la temperatura reinante. El agua acristalada de la escarcha. Las aguatinas de Goya y Picasso. Agua de rosas para doña Rosita la soltera. Un diamante de hermosas aguas, brillos o destellos. La humilde agua de fregar. Lustral, agua sagrada con la que los paganos rociaban a las víctimas de sus sacrificios. Agua tofana, el veneno que utilizaban los Borgia para solventar sus problemas familiares. Las aguas termales donde se bañan los pingüinos

frioleros. Bailar el agua a alguien: lo que hacen los aduladores para conseguir sus propósitos. De esta agua no beberé; pero cuando acucia la sed, se bebe lo que caiga a mano. Hombre al agua; lo que suele gritarse cuando alguien se ahoga a la vista de otros, que no pueden remediarlo. Llevarse uno el agua a su molino; lo que hacen muchos de nuestros gobernantes a la hora de repartirse los resortes del poder, los dineros del presupuesto público y las perspectivas de futuro. Nadar entre dos aguas; lo mejor para no comprometerse y alcanzar la orilla opuesta sin mayores riesgos. Sacar agua de las piedras; meter mano en el cajón de los dineros y colocarlo en Suiza, a buen recaudo. Volver las aguas por do(nde) solían; cuando después de un tormentazo, baja la riada por las ramblas reseca, llevándose al mar los edificios que se construyeron sobre los terrenos que pertenecen al agua. Aguachinar; pasarse de generoso echando agua a lo que sea. Es lo mismo que aguar. Aguar el vino, aguar la leche, aguar un caldo. Falsificar o estropear algo. Agüista: mi abuela en Lanjarón, tomando las aguas que le aliviaban sus dolencias hepáticas, su hidropesía abdominal, su malhumor cotidiano. ¡Al agua patos! El gato al agua. El agua que lava se ensucia. Las dos terceras partes de la Tierra son de agua; y las de una persona. La enorme agonía del que muere de sed en pleno Océano Pacífico. Cuando llueve, no se sabe si las nubes orinan o lloran. Por algunos bidets sale un agua templada con pirañas, como infusorios libidinosos. Pensamos en algo estupendo, y se nos hace la boca agua. El agua de Seltz nos hace cosquillas en la barriga. El agua milagrosa de los alquimistas. Algunos taberneros convierten el vino en agua, solamente Jesucristo convirtió el agua en vino. Cuando creó los mares, al Sumo Hacedor se le fue la mano con la sal. El agua tranquila de un remanso. El agua furiosa de una riada. Agua eres, y en polvo te convertirás. Danos, Señor, el trago de agua de cada día. Con pan y vino se anda el camino. Con agua y pan, vienen y van. El agua dulce de los ríos se suicida arrojándose al agua salada de la mar.

Pasen, damas y caballeros, niños y niñas, al Museo del Agua. Contemplan una tarde de lluvia en Paris. Una marejada en Santander. Y el surtidor de una fuente en Granada. No se pierdan el hundimiento del "Titanic". El nacimiento de Venus. Viajen al origen de la vida.

1945, Año de nieves, sueños y batallas

JULIO ALFREDO EGEA

POCO DESPUÉS de terminada la guerra civil, pasada en Chirivel –mi pueblo almeriense– durante los tres años que duró la contienda, mis padres tomaron la valiente decisión de irse a Granada, pensando en la formación de los hijos, intentando recuperar el tiempo perdido para los estudios. Ya para siempre Granada –en donde mi madre trabajó como modista y profesora en la Escuela de Artes y Oficios– y nuestro pueblo serían patria de la familia, para toda la vida, unidos también en amor permanente hacia Almería capital. Nos encantaba Granada pero la vuelta de vacaciones a Chirivel era siempre esperada con inmensa ilusión.

En vísperas de aquella Navidad de 1944, volvió un día mi padre de la calle con noticias optimistas, con cara de satisfacción.

–He comprado un coche estupendo, dijo; lo hemos probado subiendo por Gómez hasta la Alhambra, sin fallo alguno. Mañana nos iremos a Chirivel.

Estábamos toda la familia reunida y guardamos silencio ante la noticia, con alguna sonrisa incrédula, con gesto de temores. Los viajes a mi pueblo, situado en límites del norte granadino, a mil metros sobre el nivel del mar, casi siempre eran una desventura, mucho mayor durante los desplazamientos navideños. En los primeros años de estancia en Granada utilizábamos el tren, llamado "el Alicantino", bajándonos en Baza, para seguir en un destartado coche de línea hasta Chirivel. Encerraban mucha amargura aquellos vagones inundados de humo y carbonilla, colmados de mujeres estraperlistas con cestas y sacos escondidos bajo los duros asientos de madera.

Otras veces mi padre nos enviaba primero a los niños, en viejos camiones del pueblo, de amigos que hacían el viaje hasta Granada, llevando de un lugar para otro ciertas mercancías que escaseaban: cereales, legumbres, patatas, tabaco de la Vega... Días después, cumplidos por mi madre sus compromisos de trabajo, llegaban ellos como podían... A veces viajábamos en las cajas de los camiones, cuando no era completa la carga de mercancías, o apiñados en la cabina junto al camionero que repartía sus miedos entre la aparición de los maquis o de la Guardia Civil. Aquel viaje de finales del 44 lo hicimos en el último coche comprado por mi padre, del que habíamos recibido la noticia de su compra con justificadas desconfianzas, porque recordábamos muchas penas pasadas con otros coches adquiridos para intentar solucionar por cuenta propia el transporte familiar. Era lo que había entonces, vehículos pasados por muchas manos y que teníamos que arrancar a golpe de manivela, sudando con la bomba al tener que darle aire a las ruedas con mucha frecuencia, empujar toda la familia cuando a la manivela no respondía el motor o no había una cuesta próxima para lanzarse en punto muerto y probar fortuna metiendo una marcha. Recuerdo veces en que agotado nuestro joven esfuerzo, tenía mi padre que alquilar unas vacas para subir la cuesta de Purullena y tomar la cuesta abajo hacia Guadix, o en algunas de las pendientes del Molinillo. Las vacas siempre estaban dispuestas, eran muchos los casos en que se necesitaban. Pronto vendía mi padre aquellos vehículos, desesperado

ante las innumerables averías; siempre había alguien que lo necesitaba, dispuesto a probar fortuna. El coche de aquel traslado no resultó de los peores, aunque surgieron algunos problemas, tardando un día completo en cubrir los ciento cincuenta kilómetros del trayecto.

Llegamos anocheciendo, con un cielo en intensos presagios de nevada. En las últimas etapas del viaje ya caían copos en el parabrisas. Con agonizantes luces del día entramos en el pueblo. La noche pareció serenarse poniendo bridas al frío, y olía a dulces de Pascua, aromando los aires el trajinar de todos los hornos. Nos recibió un rasgueo de guitarras desde hogares y tabernas, en ensayo de villancico y música de parrandas para un inicio de Baile de Ánimas. La casa del abuelo Juan, a donde siempre regresábamos desde Granada, estaba caldeada por lumbres de carrasca, aunque luego era inevitable tiritar bajo las sábanas heladas, a pesar de las bolsas de agua caliente que Anica, la querida tata que cuidaba al abuelo durante nuestra ausencia, nos ponía intentando calentar la cama, hasta quedar vencido el frío por el calor del cuerpo y por el sueño. El abuelo, que había seguido durante el día la marcha del aire, observando desde una ventana la veleta de la iglesia parroquial, dijo:

– Si continúa el viento Levante tendremos un gran nevazo.

Sabia, certera, fue su profecía. Al día siguiente, 24 de diciembre, amanece sepultados por la nieve, que continuaba cayendo mansamente pero con intensidad, en abiertos y enjarapados copos. Alguien dio la noticia de que nevaba en gran parte de España, pero sobresaliendo la intensidad con que lo hacía en nuestra comarca de los Vélez.. Nevaba de día sin interrupción y por la noche paraba a intervalos, alumbraba descarada la luna y una gran helada de alrededor de los 15 grados iba endureciendo profundamente la nieve caída. Así un día tras otro entramos en 1945. Se hablaba de unos dos metros de espesor de nieve helada... La ventisca de los primeras nevadas había enmascarado al campo formándose verdaderas colinas de hielo. Se temía por los tejados del pueblo, se hablaba del derrumbe de viejos cortijos, se desgajaban las ramas de los árboles al no aguantar el peso de la nieve helada. Al ir acabándose la leña, tan necesaria,

único elemento para dar calor y cocinar, no pudiendo salir al monte a buscarla, se talaron los grandes plátanos del paseo del pueblo. Iba escaseando el aceite y el gasoil, pasando las noches en la más absoluta oscuridad, temiendo gastar en quinqués y candiles. Un hombre desconocido apareció milagrosamente, extenuado y a punto de morir de frío; decía haber llegado desde María, vecino pueblo de la comarca, y dijo que allí había empezado un auxilio con víveres desde una avioneta. Pasó la fiesta de Reyes y todo seguía igual, cesó la nieve pero estábamos cercados por una infinita coraza de hielo; aún faltaban muchos años para que tuviéramos luz eléctrica en el pueblo, quedó cortado el único teléfono que había, para uso público, y la incomunicación era absoluta.

¿Cuándo podríamos ver la carretera, algún camino de salida...? Navidad sin campanas ni guitarras, sitiados por bloques de nieve de más de un metro de espesor...

Cuando comenzó el deshielo, principios de febrero, pudimos salir hacia Levante, por donde empezó a blandear la nieve hacia tierras más bajas, porque el camino normal, la carretera por el norte granadino seguía bloqueada, y después de muchos rodeos y peripecias llegamos a Granada huyendo de aquella tragedia, de cuya magnitud no se tenía noticia en tiempos pasados, según recuerdos del abuelo que ya tenía noventa años y conocimientos remotos.

Volvimos a estudios y trabajos contando situaciones extremas que casi nadie creía. Mi padre, desesperado por no saber como marchaba el mundo envuelto en la gran guerra, buscaba amigos que le contaran..., buscaba periódicos de los tiempos de ausencia...; algunos días llegaba a casa con grandes brazos de ejemplares atrasados del periódico "Ideal", y nos leía sobresaltado algunos titulares, con dejos en la voz de gozo o de tristeza: "Las tropas germanas atraviesan Blies". "Combates cuerpo a cuerpo en Budapest.", "Progresan los ingleses en Atenas"; "Ofensivas alemanas en las Árdenas y Alsacia..." Luego, durante meses, el padre llegaba con su ejemplar del día: "Desembarco de los aliados en Normandía..."; "Capitulación en Berlín..." Empezaba un mayo con flores de esperanza...

Seguía la guerra en islas japonesas. Tremendas noticias, ya avanzado el verano, de bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki.

Terminaba la peor guerra de la historia. Los grandes inventos del hombre se volvían contra el hombre. Empezaba una larga paz herida.

También en nuestra larga posguerra se seguía hablando de hambrunas y fusilamientos, de nuestra paz herida. ¿Qué vida nos esperaba...? Yo me preparaba para entrar en la Universidad, y mis sueños literarios iban en aumento. Asistía a una tertulia literaria que teníamos en la cervecería Mäier, de compañeros ilusionados con la poesía.

Publicábamos una humilde revista, "Sendas," de la cual yo era redactor-jefe y, a final de año, juntábamos textos para un número que sería el primer homenaje escrito que se haría a Lorca en España, y que no pudo salir hasta 1946. Estábamos ilusionados con nuestra humilde labor, íbamos reuniendo textos de nombres importantes: Antonio Gallego Morell, Miguel Cruz Hernández, Pascual González Guzmán, José Carlos Gallardo... Cambiábamos opiniones con amigos de Federico, el pintor Garrido del Castillo nos había dado un poema inédito del gran poeta asesinado, para las páginas centrales... Sueños en marcha. Era lo nuestro una humilde lucecita encendida en el inmenso desierto cultural de aquella Granada de la posguerra. Faltaban diez años de vida para que empezaran a publicarse mis libros y a nacer mis hijos.

